



GUÍA DE FORASTEROS

Federico Beines

GUÍA DE FORASTEROS



Primera edición: abril 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Federico Beines

ISBN: 978-84-18663-54-3

ISBN digital: 978-84-18663-55-0

Depósito legal: M-10152-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Camilo Evaristo y a Lisandro Bruno,
y a quienes con ellos vengan.*

Los sucesos históricos aquí relatados, incluyendo fechas, cronologías y los documentos citados, han sido respetados con fidelidad. La historia de los personajes principales transcurre en el plano de la ficción, por lo que cualquier coincidencia o sincronía será casual.

I

Las bombillas de luz disminuyen de golpe su intensidad y Alma cree haber sido ella quien parpadeó de forma espontánea. Prefiere descartar la idea de pasar otra noche sin electricidad. Sus ojos se achinan cada vez que la tensión oscila en su pieza. Alma se dice a sí misma que quizás tenga otra vez picazón en los ojos, y que no, que hoy no sucederá de nuevo.

Ella sabe que los inviernos en Mar del Plata pueden ser inclementes, por lo que viene de conseguir una estufa eléctrica, toda una novedad por estos días. El hombre que antes pasaba con su camión vendiendo las garrafas de gas ya no toca más a su puerta. Por supuesto que el frío está lejos de ser la amenaza. La oscuridad, en cambio, lo es desde hace ya unos meses.

Según puede oírse, el mar abofetea la costa. Una hilera de árboles impiden la vista del espectáculo desde la habitación de Alma. Incluso a la luz del día se proyecta una sombra alargada por la hilera verde que separa la calle costanera de la gran residencia, ofreciéndole reparo del sol. Ahora, entrada la noche, los dientes de esta mujer de unos cuarenta años rechinan nerviosos, por momentos a propósito, como si ella pudiera distraerse con el ritmo. El aire crudo contribuye a ese movimiento. A lo lejos se escucha la bocina del último tren del día que llega a la estación, que se encuentra a una considerable distancia. Desde hace un tiempo que Alma supone la llegada de alguien importante en ese tren, alguien que venga a visitarla. En esta época del año sería raro, pero el pensamiento resulta inevitable. De día el sonido de las locomotoras no llega a oírse, y

es en aquel, el último del día, el que llega hasta su habitación, que pone en marcha otra vez su expectativa. Hoy está sola, y por más que gaste su tiempo limpiando los enormes recintos, el eco de la casa le devuelve de tanto en tanto esa dimensión de su soledad.

La estufa calienta las manos de Alma, quien evalúa irse a acostar a pesar de no tener sueño. Pasado el temor de que se corte la luz, ya tampoco piensa en el tren. Algunos ruidos la desconcentran de su tarea de buscar dormirse. Cuando todo está oscuro, es más fácil que alguien salte el muro que separa el palacio del exterior sin ser advertido.

Hace cuatro semanas que la última familia que vivía en el edificio se fue definitivamente. El departamento de Alma es de los más privilegiados en que se dividió la propiedad original, con su vista al frente. Todos los demás fueron quedando abandonados, por estrategia del único dueño de todos ellos. Dejándolos deshabitados pretende ejercer su presión final sobre Alma. Los primeros inquilinos decidieron partir luego de las amenazas entonces explícitas de aquel hombre, quien mostraba credenciales de haber adquirido de un plumazo más de la mitad de las unidades en que se había dividido la vieja casona. Otros moradores resistían blandiendo papeles ante escribano, como una cesión de derechos por parte de otro heredero, hoy difunto. Alma pertenece a esta cohorte de familias con algún fundamento para la posesión. Ella jamás podría haber comprado el departamento, como sí lo hicieron los que se retiraron hace cuatro semanas, los últimos que ostentaban alguna escritura. Alma se encontró de golpe con un edificio vacío y tomó la impensada decisión de mudarse internamente cambiando su pequeña habitación por el espacio que siempre le gustó. Tanto ella como el nuevo dueño entendieron que esta ocupación resultaba aceptable por el legítimo desempeño de Alma como celadora cuando allí funcionaba uno de los más grandes y señoriales orfanatos de América.

Golpean a la campana de la puerta, y la onda expansiva metálica resuena a través de la cabeza de Alma. No puede darse el lujo de

evadir la respuesta, hacerse la dormida. Si ella se ausenta, alguien con certeza tomará su departamento, el último bastión habitado. Y si se quiebra la resistencia de Alma y se produce su partida, el proyecto de hotel en ese sitio histórico podría materializarse pronto.

Alma deja atrás su departamento como si no dudase, y encara el pasillo hasta la entrada. Sus pasos son firmes. Del otro lado puede esperar un agente con orden de desalojo, o tal vez alguna figura intimidante. Toma coraje; después de todo, ella nunca sufrió en persona desplante alguno.

Ya no es el antiguo dueño familiar del predio el que está detrás del proyecto del hotel. Se trata de una empresa que ha intentado comprarle a Alma sus derechos de propiedad, sin ponerlos nunca en cuestión.

Tras una pesada puerta le llega una voz que a Alma le resulta familiar, aunque no tanto el nombre que pronuncia. Pregunta otra vez, y la madera espesa que se interpone dificulta que ella reconozca al vendedor de garrafas que hace mucho tiempo había dejado de visitarla. Espía por la mirilla: tiene el rostro ajado y algo endurecido; lleva su boina negra de siempre.

Al entornar esa puerta de dimensiones proporcionales a la residencia, Alma vuelve a aislarse del exterior, con su viejo proveedor ya del lado de adentro. El visitante se frota los ojos con la manga de su abrigo y la mira a la cara. Le pide perdón por no traer más sus garrafas, pero tampoco hay señales de que le esté trayendo alguna a modo de arrepentimiento. Alma desconfía. Tampoco oyó el camión estacionar. El hombre jura buenas intenciones, y explica lo que Alma había sospechado en un inicio: que él había sido disuadido de seguir vendiéndole el gas.

Sin ganas, hace pasar al hombre. Este la sigue por el suelo en damero de mármol del *hall* mientras le pregunta por los antiguos habitantes de la planta baja. No se sorprende cuando ella le cuenta que se fueron; Alma ignora adónde, o al menos permanece callada ante la consulta. Sobre el primer descanso de la escalera detiene su marcha. Comienza a llorar, pero el hombre no se da cuenta.

Antes de ingresar al departamento ya se cuela en el palier una musiquita de alguna radio local sintonizada por Alma como fondo para irse a dormir. La pintura celeste de las paredes descascaradas de esa unidad funcional asoma familiar al vendedor, quien, mientras avanza rechinando por el piso de *parquet* desgastado, nota que ese departamento no era tiempo atrás el de Alma. Mientras completa el mapa mental de la residencia, decide no pronunciar nada al respecto.

La relación formal había comenzado cuando este hombre abastecía a todo el complejo habitacional. Conociendo cada rincón, le resultó fácil adivinar que ante un edificio a su entera disposición ella hubiese elegido el departamento con mejor vista. Claro que todos estaban en igual grado de deterioro y, a tamaños semejantes, no habría otro motivo para la mudanza. El hombre se pregunta por qué elegir esa unidad en pleno invierno, dado que es la más expuesta al viento de la costa.

Vuelven a mirarse a la cara. Alma ofrece un vaso de agua. Ya no llora, y parece que nunca lo hubiera hecho. El vendedor elude cualquier excusa por su desaparición, tampoco enuncia palabra. Su anfitriona se muestra más incómoda de lo que está, acaso para forzar el diálogo y tener una razón para su semblante vacío. Mira por la ventana de la sala y no encuentra el camión en la calle vacía; apenas circula un peatón acercándose al teléfono público. ¿Habrá venido este hombre en el tren?

El vendedor de garrafas no puede imaginar siquiera cuánto le agrada a Alma tener una compañía, por más que esta remita a una puesta en jaque. Él viene a sugerirle con sinceridad que acepte la oferta económica que la empresa constructora le comunicó. Ella contesta con silencio, queriendo preguntarle por qué vino, cuánto le están pagando a él. La escena no puede sostenerse como espontánea.

El vendedor intuye un dato que podría ser determinante:

—Doña Alma, ¿alguna vez usted evaluó seriamente la oferta?

—¿Cuál oferta?

—Las cartas que le mandaron.

—¿Las intimaciones? —pregunta, apuntando con el dedo a una pila de cartas sobre el aparador.

Los sobres están cerrados.

—¿Usted creyó que son intimaciones legales? ¿Y por eso no las abrió? —pausa. Ante la falta de respuesta, prosigue—. Tengo entendido que le están ofreciendo dinero en efectivo y una vivienda en un edificio en Buenos Aires, cerca de su familia.

Alma se queda petrificada. Y enseguida su rostro desestima lo que oye. Cree que jamás tendrá garantías de que eso fuera a ocurrir así. No se iría de allí ni porque le facilitaran relocalizarla en la misma ciudad de Mar del Plata. Vuelve a emitir un sonido:

—Dígame, por favor, una cosa, ¿tiene garrafas para vender?

—¿Para qué las quiere, doña Alma? Aquí está bien calefaccionado con esa estufa moderna que instaló. Y eso que el techo es alto.

—No importa, a veces se corta la luz. Quisiera comprarle una garrafa —arriesga, aunque resulta evidente que no tendría el dinero para costear una. Está probando a su interlocutor, quien admite:

—No vine para vender nada.

—¿No traje el camión?

—No. Me han alcanzado aquí de la empresa.

—¿Le prometieron trabajar como conserje del nuevo hotel?

—No se confunda, Almita. Vine a hacerle un favor. Esos sobres con membrete que tiene ahí, por lo que más quiera, ábralos. No son órdenes judiciales ni nada de eso.

—No me importa, no sé leer —confiesa Alma.

El vendedor creyó recordar que antes de desactivarse el orfanato, en el recinto que había elegido Alma funcionaba precisamente la vieja biblioteca. Se le ocurrió entonces:

—Vine a leérselas, ¿me permite?

—No. Solo pido que alguien me lea cuando recibo correspondencia de mis hijos. No de embaucadores.

—Yo conozco a Rogelio —sugiere el hombre mirando casi desde debajo de su boina.

—¿Quién no lo conoce?

—Me refiero a que estuve hablando con él. No me prometió ningún trabajo. Cuando la empresa me pidió que no viniera más aquí, me embaucaron, es verdad. Me dijeron que usted se había mudado. Yo mismo le pedí información a la empresa de lo que sucedía, porque al pasar por la noche aquí vi luces. Pensé que se trataría de un guardia. Pero Rogelio me contó que usted no quería vender el departamento. Y ni bien supe, me vine para aquí.

—Son muchos recuerdos, usted entenderá.

—Solo le pido que atienda a Rogelio. Él está interesado en hablar con usted para que siga cocinando aquí, en el nuevo hotel, como lo hacía antes, cuando era celadora.

La mirada de la mujer se hundió en alguna fórmula inmemorial de tristeza. Sin más remedio, preguntó:

—No me darán una habitación con vista al mar, ¿no lo cree?

II

Anotaciones de Rogelio Quinto para la muestra

Todo se vuelve nítido, como si yo hubiera estado allí. Y es que de alguna manera tuve a alguien que era mis ojos en el lugar. Lo del ofrecimiento del empleo a Almita en el futuro hotel fue pura ocurrencia del vendedor, quien a su vez ignoraba en ese momento el contenido de los sobres en la mesita de la mujer. Seguramente ella le aportó esa idea al acusar a este hombre de estar allí a cambio de un empleo. Un empleo mejor que vender garrafas, en caso de que lograra convencerla de irse, claro.

En este punto debo reconocer que mandar a este hombre al palacio nos sirvió para entender un poco más la situación. Si en algún momento creí que el vendedor podía tener alguna vinculación sentimental con Alma, eso no se desprendió de aquella conversación. En cambio, sí resultó evidente que ella no aceptaría jamás una negociación con nosotros. Sin embargo, tampoco rechazó del todo hablar las cosas directamente conmigo, por alguna referencia a eso acerca de que soy una figura pública. Por supuesto, debía ser dialogado y en forma presencial, lo que distaba mucho de agradarme. Lo escrito no tenía sentido, **toda letra debía dejarse de lado**.

Este texto es el guion en bruto, a modo de conversación, antes de editar qué es lo que figurará en la exhibición que estamos organizando en el hotel. ¿Qué nos dicen los lugares acerca de sí mismos? Esa es la pregunta que, según los museólogos de la Fun-

dación, estructura el eje de lo que es elegible para exhibir en toda muestra. Ellos recopilan los textos relacionados al lugar y así empiezan su trabajo estos expertos: elaboran desde simples guías hasta publicaciones con notable encuadernación, que luego obsequian a las instituciones en donde intervinieron. Según esta gente, toda fuente es relevante, incluso anécdotas orales como la de Alma, sobre todo cuando una institución no tiene un fin histórico en primera instancia. Para el caso de inaugurar un hotel, aun cuando éste se emplace en un lugar centenario (imaginemos un convento o un castillo remodelados), la Fundación exige algo más que poner «aquí funcionaba tal cosa».

Se trata de incluir la historia de esa reconversión. La señalética del propio lugar donde se descubre que sucedió algo histórico, ¿puede hacernos sentir parte de esa historia? Es posible, siempre que contemos con alguna llave maestra. Para empezar, se recomienda atiborrar ese sitio de carteles y audioguías. La fórmula para convertir cualquier rincón en un atractivo del turismo fue un periplo exploratorio que comenzó al azar, con uno de mis históricos ayudantes. Por supuesto, seguimos el manual de procedimientos de la Fundación Internacional Lugares Documentales para la conservación de sitios museológicos. Allí se explica que los procedimientos son *toponímicos*: el nombre que se le da a un lugar debe encerrar la verdadera historia que sucedió allí.

III

Pasaron muchos años después de aquella muestra, y hoy sigo repasando esas anotaciones.

La vinculación de nuestra empresa con el burdel más antiguo de Mar del Plata constituyó un escándalo de cierta notoriedad. El lugar era lindero a ese monumento a la caridad que supo ser el orfanato, lo cual teñía la noticia de un cinismo indescifrable. «Después del negocio del hospicio, el del meretricio», recorté de un titular insultante de aquella época. De hecho, él fue quien elegí para que me entregara el título el día de mi graduación, aun cuando en mi familia yo era el primer universitario y en esa ocasión tenía parientes más que dispuestos para esa tarea que hizo Quinto.

Desde hace décadas que leo el papel amarillento que propone dejar de lado lo escrito, y no consigo hacerlo. Rogelio Quinto ha sido como un hermano para mí en esa época. *Histórico ayudante*, tal la forma en que mi viejo jefe me nombraba en aquel manuscrito, una suerte de sus memorias. Al menos usó en esa oportunidad una fórmula más elegante que «Doctor Garrafas », que usaba cuando algo de mi trabajo no le inspiraba confianza. Para mí, él siempre fue Quinto a secas, jamás habría podido elegirle un apodo diferente al de su noble nombre.

Siempre defendí la empresa como si fuese mía. En definitiva, toda la vida fui un empleado y este rejunte de girones de texto viene de la mano de mi necesidad de reconstruir una historia imposible.

Con toda la tinta que corrió, mi oficina se fue convirtiendo en un depósito de cartas, escrituras, sucesiones y demás documentos

que me confiaron desde la familia de Rogelio Quinto H. (así firmaba él) una vez que me recibí de abogado. A esta altura ya estoy amigado, como resulta evidente, con mi pasado como vendedor de garrafas, e incluso logro sentirme nostálgico por aquellos tiempos de mayor simpleza, al menos en mis menesteres. Sobre todo, cuando estoy agobiado, como ahora, con ese papelerío del que siempre me hice cargo, como agradecimiento por la confianza que recibí.

Y con todos los archivos legales se iban filtrando otro tipo de escritos, más personales, alguna carta o documento que me daban como un dueño alimenta a su perro con su hueso preferido de la res.

Empezar vendiendo garrafas no representa una vergüenza para mí. En todo caso sí me ruborizo con ciertas opiniones de un Quinto que en soledad escribe sus sospechas, por ejemplo, de que yo tenía un vínculo sentimental con Alma. Recuerdo incluso que me preguntó por los apellidos de los remitentes de las cartas de esos niños, deslizándose la posibilidad de que alguno tuviera mi apellido. No le pregunté entonces, pero la idea retorcida de Quinto, según entiendo, alcanzaba el extremo de que yo podría haber tenido un hijo al cual ella habría cuidado en el orfanato. Empecé escribiendo la historia de esta mujer, hija de la primera madama marplatense, para tener constancia del proceso de desalojo. Quinto siempre supo de mi obsesión en el registro, y creo que un poco sardónicamente él hizo lo propio, más acotado y puntual, con aquellas anotaciones para la apertura de la sala histórica del hotel. De ese modo retorcido mi jefe se aseguraba de que sus líneas y opiniones me llegasen de forma certera.

Mi intención dista de pretender lavar la imagen de Alma —que hizo lo que hizo por necesidad o por diversas presiones—, y mucho menos la de Quinto. Apenas me basta contradecirlo en que no podía dejar de lado la letra escrita. Al menos en lo que respecta a las cartas que Alma me iba a extender aquella noche de invierno de 1959, cuando iniciaba, sin saberlo, mi primer trabajo para la empresa.

IV

A paso ligero, un hombre va encendiendo con una antorcha las tres luces por cuadra que conforman el flamante alumbrado público de Buenos Aires. Normalmente iría corriendo, pero hoy se toma más cuidado en su tarea. Son las siete de la tarde y el empedrado está resbaloso por una reciente llovizna. Un carruaje se abre paso en un entorno brumoso, cercano al zanjón. El olor a combustible que va derramando el farolero se vuelve palpable al pasar por la casa de los Hermúdez. Esto anuncia a los niños que ya no se puede permanecer en el frente de la casa. Hay que abandonar el patio y replegarse en el fondo, el corazón macilento de la vivienda.

La primavera despunta, y con ella se acerca el día de San Martín de Tours. Los preparativos para la procesión son perceptibles en todo el vecindario, y los Hermúdez tendrán este año un lugar preferencial: dos de sus ejemplares jóvenes cargarán las astas delanteras del coche que porta la figura del santo. El desfile otorga estatus y pasa de ordinario por la puerta de las casas distinguidas, revalorizadas por el circuito. Y esta puerta que será testigo de la procesión hoy sigue abierta, y uno de los niños se queda mirando al carruaje que se abre a paso lento por la calle.

El muleque no llega a diez años y se llama Hermilio. Suele despuntar su lado curioso cuando encuentra una oportunidad. Para ello tiene un truco, que consiste en dejar el pórtico apenas entornado para que desde el fondo luzca cerrado. Se echa al suelo y observa lo que acontece en aquel terreno prohibido. Su rostro parece

untado con la tierra de la acera, lo cual exagera más sus rasgos morenos que tanto importunan a una familia hidalga.

Hoy parece que la procesión de San Martín se hubiera adelantado, al menos en sus ensayos. Suena una campanada y es demasiado tarde para ser la misa de sexta, y algo temprano para responder al llamado de la nona. Hermilio aún no fue descubierto en su osadía y sus ojos claros cuentan las personas que siguen detrás de los caballos, avanzando al ritmo de las personas vestidas de negro. Él sabe que está infringiendo una norma, pero las procesiones son oportunidades de excepción, por lo que recuerda.

Rogelio, el hermano adolescente de Hermilio, es uno de los seleccionados para empuñar el armazón de madera que sostendrá al santo en su recorrido. Esta consideración equivale al rito iniciático, a volverlo adulto ante la sociedad, y su contento se exalta ahora ante las campanadas.

Hermilio tiene varios años menos y está celoso, entre otras cuestiones, de que su hermano tenga un lugar tan central al permitirle llevar al santo a pulso, al que él apenas podrá aspirar a vestir con su madre y sus ilustres amigas en la sacristía de la catedral. De pronto Hermilio siente un repentino empujón que hace que la puerta se sacuda. Es Rogelio quien aparta al niño ruidosamente y ahora se dispone a observar, apostado en cuclillas sobre la entrada, con el antebrazo apoyado en la nuca de su hermano, que yace en el piso.

Transcurren unos segundos hasta que el entendimiento de la intención de Rogelio advierte a su hermano sobre la escena prohibida. Aquel entorna otra vez la puerta para disimular, bajo la misma técnica de Hermilio. Para su desazón, no habrá ensayo de la festividad este día.

Sin estar a la altura de los desfiles de presos que traen durante la semana los adoquines desde el puerto para ampliar los empedrados, los cortejos fúnebres también están sancionados por el padre, don Rogelio Primero. Por lo tanto, deberían dejar de asistir en el acto a tal escena. Más aún cuando no hay colgaduras blancas en

las ventanas, lo que indica que el fallecido es extraño a la familia, y por ende también todo ciudadano de a pie que acompañe hasta las exequias. No es exactamente intencionalidad de trasgredir lo que detiene la retirada. En efecto: si fuera un duelo de un amigo o pariente, Rogelio Segundo habría visto los espejos velados con telas negras. Pero hasta hace un rato, piensa, ha estado mirándose los granos que le han salido últimamente en un espejo de la sala y no había señales de luto en las colgaduras.

Unregonero hace sonar un cencerro anunciando al muerto. Algunos hombres vestidos de bayeta están repartiendo esquelas de invitación a los pasantes y uno de ellos, con su cigarro de rigor entre los dedos, parece advertir a los niños que miran acurrucados sobre el suelo en la entrada de la casa. La concurrencia femenina está reunida en torno a un ataúd apenas visible desde allí abajo, vociferando oraciones y sollozos. Cuatro deudos llevan la parihuela, ataviados con menos decoro que si estuvieran en la procesión de San Martín.

Mientras Rogelio contempla el paso del cortejo, le desliza a su hermano que deben volver. Otra situación atípica reside en que la gente marcha hacia el lado opuesto del que provienen los campanazos. Esto quiere decir que no enterrarán el féretro del carruaje en el templo. ¿Será el funeral de un plebeyo, quizás de un esclavo? Si eso fuera así, ¿por qué una procesión tan larga llevando el cajón al Cementerio del Norte?

Un tirón de orejas sacude al niño y Rogelio se aparta como un torero. Los gritos de Adelma ponen a los hermanos sus pelos de punta. Sabiendo de su intromisión, golpean la puerta con fuerza, haciendo temblar el quicio. Corren hacia el patio trasero, mientras Adelma les sigue los pasos agitando un trapo polvoriento contra una enorme maceta con un gesto amenazante. En el patio esperan los naranjos, cuyos pólenes de azahar vuelven vidriosos los ojos en el acto. Ni él ni Rogelio desean exponerse a los castigos familiares. Ambos son alérgicos, y mientras Rogelio apenas lagrimea, Hermilio parece romper en llanto.

Adelma ha sido siempre la nodriza estricta que los padres necesitaron, aunque alguna vez haya demostrado ser cómplice de alguna travesura. En todo caso se trató de una situación excepcional. Ahora los niños se sientan en la mesa para tomar la merienda. Una criatura de siete meses, blanca leche, se prende al pezón moreno de Adelma, quien ya bordea las cuatro décadas. Son los mismos senos que amamantaron al pequeño Hermilio, al fornido Rogelio y a Lucía, la hermana mayor, que está casada y a la fecha ha de rondar los veintiún años.

V

Las fotos que Alma me tiende son casi todas postales, y en una sola puedo adivinar las facciones de uno de sus hijos, un niño de rostro achinado de quizás unos diez años. El estado de esa imagen en blanco y negro, con sus bordes amarillentos, parece indicar que la edad actual del chico retratado estaría, por lo menos, rondando una década más que el día de la foto.

Ella me mira con orgullosos ojos enormes, expectante sobre mi reacción. ¿Espera que le diga que son parecidos? Sus mejillas reflejan en fondo aceitunado una delgada capa de lágrimas recién enjugadas, cuya caída no llegué a apreciar por encontrarme atrapado en esa cantidad de postales. Este hijo le ha enviado múltiples cartas que Alma no puede leer, por más que se arrogue saberlas al dedillo y textuales. Por un instante dudé si ella adjudicaba todas las cartas al mismo hijo, siendo evidente que las letras eran demasiado distintas entre sí.

La postal del obelisco porteño tiene fecha de hace diecinueve años, y es de las más antiguas. Alma permanece en silencio y voy entendiendo que a quienes ella llama hijos son por lo menos una docena de criaturas.

El texto de esta postal tiene errores ortográficos y por momentos se torna ilegible. Alma rellena mis agujeros recitativos, completa las frases que dejo en suspenso, demostrando una memoria que luce por tramos inventada. Son las oraciones que ella guarda como salmos, como consuelo de una ausencia que empiezo a entender.

Algunos de estos niños que alguna vez estuvieron en el orfanato son considerados por Alma como sus hijos, al igual que los naturales que ella tuvo —y que me consta—. ¿Qué hacen mandándole cartas? A medida que avanzo por las líneas, voy encontrándome con que ninguno de los remitentes incluso escribió desde la adultez. Uno podría pensar que los dibujos que acompañan a ciertos pasajes son demasiado infantiles, aunque también podría considerar que los jóvenes que atravesaron el infortunio del orfanato seguirían luego de muchos años con cierta precariedad en su caligrafía. Sin embargo, cuando los renglones se vuelven comprensibles, las historias son todas de niños que están alojados en otros institutos del país. ¿Cómo los conocía Alma? ¿Viajaba por los reformatorios y se hacía amiga de diferentes niños? No me animo a preguntar y ella elige quedarse en silencio, moviendo los labios anchos y cobrizos a la par que voy recitando.

Luego de trabarme en otro fragmento, ella también parece confundida y por primera vez se ríe, algo relajada. Intuyo que es una pequeña victoria, que he instalado cierta confianza, la cual no obsta para que haga mis averiguaciones. Infiero por el orden meticuloso que despliega en su mesa esta constelación epistolar que Alma cuenta con una suerte de mapa de niños perdidos, de los cuales hace años que no sabe nada y con los por alguna razón desearía contactar. Después de una pausa, ella inicia:

—La vez pasada que usted vino me sentí muy mal.

—¿Por qué, doña Alma? ¿Le hice algo?

—No, por favor, no piense eso. Es que creí que no iba a volver. O que iría a llamar a alguien más.

—Hoy la noto mejor, señora, y me da gusto —improvisamente—. Si le prometí que volvería fue porque la conozco de años y sé lo que representa este lugar para usted. Y como no tiene a nadie que la apoye... —adivino.

—Bueno, están ellos —y señala las pilas de papeles—. Hace mucho que no los veo, pero ellos están.

—¿Cómo podría yo ayudarla?

—Leerme las cartas es bastante, hace que vuelvan a mí muchos recuerdos.

—Debe haber algo más, ¿o es que ya se han... ido?

—¿Me pregunta si están muertos? ¡Por supuesto que no!

—¿Vivían en este orfanato y fueron trasladados a otros? —me animo.

—Nunca estuvieron aquí más que en el verano. Este lugar era la colonia de vacaciones de muchos hogares de niños del país. A la mayoría los veía durante los tres meses de verano.

—Se ve que usted ha logrado una relación muy especial con esos niños. Yo sabía que los de aquí la adoraban, pero sinceramente no sabía que los de afuera también.

—A los chicos de aquí yo he intentado acompañarlos y servirles, pero ellos odiaban a todos los celadores por igual.

—¿En serio, a todos?

—Y eso que yo estaba más que nada en la cocina... En cambio, a los que realmente he podido ayudar es a los de afuera. Muchos venían a visitarme en medio del año, en días de invierno como hoy.

—Me imagino cómo la pasarían de divertido los niños de Buenos Aires o de La Plata cuando podían venir a una playa como la de aquí. A veces nos olvidamos de este mar, de cómo les gusta a los turistas venir a un lugar que para nosotros es tan común.

Mi acotación intenta tapar el descubrimiento, evidente pero no desentrañable del todo, acerca de que Alma ha ayudado a muchos niños a escaparse de sus orfanatos. Las cartas la delatan mejor que mis sospechas. Intento encadenar, pero ella me corta:

—Por más que los dejaran libres, los niños volvían al instituto, una y otra vez, al lugar que les había dado muchos castigos, pero también un techo.

Su mentón anguloso, dominado casi en el centro por un lunar, se llenó de huecos en una mueca contraída. Cerró los ojos como si pudiera sentir el dolor al que se estaba refiriendo.

VI

En medio de la siesta, el motor de la heladera se activó como un trueno y Rogelio Quinto volvió en sí. Sentado en una mecedora, retomó el sobre que reposaba en su regazo y sorbió finamente el borde para sellarlo con su saliva. Tomó un bolígrafo y lo firmó sobre la junta a modo de lacre para que no se viera alterado el contenido hasta que llegase a su destinatario.

La información que llevaba esa carta consistía, ni más ni menos, que en un estudio sobre el origen del nombre de la ciudad de Buenos Aires. En muchas ocasiones yo había oído que él discutía con sus colegas sobre el absurdo de considerar a Santa María del Buen Ayre, la imagen sarda de la Virgen, como el origen toponímico de la urbe. ¿Cuándo, en toda la historia colonial, se había venerado a esa santa desconocida en América toda? Ni un solo templo, ni una sola mención en los archivos de Indias, ni en los documentos del Cabildo, nada. ¿Había otra razón para bautizar así a Buenos Aires? Descubrir el camino por el que llegó a llamarse de esa manera de la mano de revelar cuál había sido el nombre original de la ciudad, actualmente olvidado.

Quinto había seguido la carrera de Historia en la Universidad de Buenos Aires (su tesis se trató de las colonias europeas en África durante el siglo XIX). De todas formas, detentaba un conocimiento fundado en que su familia había tenido acceso a una serie de documentos antiguos de la ciudad de La Trinidad. Así, ciudad de La Trinidad, era como se conocía esta metrópolis desde que Juan de Garay la fundara con ese nombre, reservando el de «Bue-

nos Aires» solo para el puerto, apenas como una referencia. Y si nunca hubo un momento en que se cambiara la denominación de la ciudad oficialmente, ¿cómo llegó el puerto a eclipsar a la ciudad al punto de llamar porteños a los nacidos en ella y olvidar el viejo nombre? La investigación de Quinto tenía que ver con los usos y costumbres del lenguaje de la época, con una metodología que, aseguraba, podía hacer hablar a los lugares históricos. Al preguntarle por qué se había bautizado la ciudad como La Trinidad, Quinto resopló para señalarme: en 1580, la semana del 11 de junio (fecha del acta fundacional), se celebraba el día de la Santísima Trinidad. Y pasamos a otro tema.

Quinto también evitó comunicarme el nombre del destinatario de la carta, que sospeché en principio se trataría de alguna academia o editorial con el fin de publicar. La explicación que obtuve luego es que Quinto había llegado por azar a saber del equívoco histórico, y que estaba preparado para dejarlo así. Que esto constituía una victoria personal, y que los porteños no estaban preparados para entenderlo ni tampoco le preocupaba.

El destino de Quinto, decía, no podía divergir demasiado del de historiador. El Rogelio Primo (por nombrar de algún modo al fundador del linaje) había sido en ese tiempo un reconocido constructor, encargado de erigir los principales edificios no eclesiásticos de Buenos Aires. Esto incluía a las reformas en el Cabildo y todo edificio grande que no fuera convento ni iglesia —salvo tal vez la casa de recogimiento de huérfanas—.

Y mi amigo había sido cuestionado por sus propios parientes al esbozar que su antepasado ilustre, en realidad, nunca había obtenido un título universitario como arquitecto. Si don Rogelio había nacido en 1738 en suelo argentino, de padres españoles, resulta lógico que no tuviera credenciales, puesto que no existía universidad allí en aquel entonces. Ese criollo no había tenido la suerte de viajar a Europa a estudiar, pero había pasado a la fama como un hombre que construyó y aportó a la modernización de la ciudad. Este equívoco fue desmenuzado en detalle por un atrevido Quin-

to, que luego se arrepentiría de dar a conocer esa sencilla relación.

La talla de Bianchi y de Prímoli como los arquitectos jesuíticos de la Buenos Aires antigua no ha sido igualada por nadie de la época ulterior, con o sin título. No obstante, don Rogelio Hernández conservaba un prestigio lateral en la sociedad. Su principal mérito había consistido en estar en el lugar acertado: era vecino del teniente general Francisco de Paula Bucareli, el hombre que tuvo que obedecer la cédula real de expulsar a los jesuitas del virreinato en 1767. En medio de la desesperación de tener que tomar una decisión tan poco popular, Bucareli solicitó recomendación a Rogelio Primero. Este desaconsejó pena de muerte a quien se opusiera a la expulsión, tal como el teniente estaba evaluando. En cambio, surgió la más asequible idea de multar con cuatrocientos mil pesos a quienes no estuvieran de acuerdo con echar a los jesuitas del Río de la Plata. Y entonces la medida se convirtió en un éxito. Los padres se tuvieron que ir, sin ofrecer resistencia y sin encontrar tampoco objeciones de sus feligreses temerosos.

De allí en más se organizó la Junta de Temporalidades, que administraría los bienes de la Compañía, ahora todos en situación de orfandad. Rogelio no quiso entrar en disputas salvo por la botica que los jesuitas tenían, la cual era codiciada por muchísimas personas. Pero su propuesta de administrarla fue exitosa: convenció a los gobernantes de que el funcionamiento de la botica podría financiar obras de remodelación y ampliación de los edificios de la ciudad. Así fue como la familia se encontró de la noche a la mañana con una mina de oro.

El verdadero cerebro de las obras de refacción era Custodio de Faría, un portugués que había sido expulsado por la Corona y que se había pasado al bando hispánico para no ser ejecutado en su corte. Custodio era ingeniero militar, perito en el arte de las fortificaciones. La persona indicada para asociarse en esta nueva etapa desde la Junta de Temporalidades.

Cuando quería concentrarse, Quinto solía venir a mi oficina, dado que esta se orientaba al pulmón de manzana, escaseándole

luz exterior y abundando en silencio. Por supuesto que el edificio pertenecía a su empresa, de manera que él podía entrar cuando quisiera. Sin embargo, en los momentos en que realmente Quinto quería averiguar algo, me pedía permiso y requería además que yo me mantuviera a mano, como una suerte de secretario. Entonces yo solía hacerle chistes y servirle café hasta altas horas de la noche. Nos divertíamos, y él abría sus investigaciones a mi opinión. Simulaba interés en ella, aunque yo siempre detectaba, por algún gesto sutil, que él no estaba poniéndome atención.

Hacía mucho tiempo que no se dedicaba a estudiar sus libros heredados y se remitía apenas al archivo de expedientes del anexo a mi oficina, un dormitorio con una inmensa baulera en la que solo él sabía moverse, por haber sido justamente él quien distribuyó las polvorientas pilas de papeles al inaugurar el espacio.

Más allá de los acervos fotográficos, que eran mis preferidos (y Quinto lo sabía), su interés a partir de entrar en la vejez se circunscribió a una valija llena de cartas que su abuelo le había legado personalmente, antes de que Quinto eligiera hacerse historiador. Este abuelo, Rogelio Tercero, no era, como podría intuirse, el nieto de Rogelio Primero. Esto significa que había en su linaje patricio un par de generaciones que no habían llevado el nombre «Rogelio». A mí me pareció un hallazgo poco inspirado y casi insignificante, pero a Quinto esto lo marcó. Otra vez había comprado un mito cuya refutación no clamaba mayor esfuerzo que el de un simple vistazo al llano. Allí estaban los agujeros, para quien quisiera verlos.

Quinto, por lo tanto, no era la quinta generación de argentinos, sino la séptima. ¿Cómo era posible que sus parientes ignorasen la aritmética, que no hubieran contado bien? Las dos generaciones faltantes constituían un hueco en la historia y, a la vez, una obsesión para el rompecabezas que yo ayudaba a construir sin querer.